Corazon de plata.

Guillermo Espinosa

Image not found.

Capítulo 1

1

Centenares de personas se congregaron en la explanada municipal de aquel pueblo guerrerense reconocido por sus excelentes cultivos de café. Era el 1 de noviembre, las ofrendas rodeaban el palacio municipal iluminado por las veladoras. Oraciones silenciosas se elevaban al cielo implorando la paz eterna para sus seres queridos que se los llevó la muerte.
Olor a flor de cempasúchil se respiraba por las calles, pan de muerto, calaveras de azúcar endulzaban la noche, retratos de los difuntos descansaban en el altar, incienso de vainilla se mezclaba esparcía por el pueblo, olor de muerto, como decía don Cayetano, el hombre más viejo del pueblo. Las ofrendas, iluminadas por velas y veladoras, resplandecían. El colorido papel picado, de distintas figuras, daban semblanza a la muerte en forma de calavera adornaban y daban vida a las ofrendas. Sandias, camotes, dulce de ate, calabaza y guayaba en dulce y algunos guisos, favoritos de los difuntos, descansaban ahí. La tradición mexicana dicta que cada 1 de noviembre las almas de los niños difuntos bajaran a la tierra, es un día de fiesta, es un día en el que las almas pueden establecer contacto con los seres vivos. Una celebración en donde la fe es el principal motor. Esta tradición prehispánica, que aun vive en los hogares mexicanos, nació para quedarse y nunca morir.
Doña Guadalupe, partera del pueblo, que ha visto dar a luz a muchas mujeres se encuentra consternada. Intenta darle sentido a su ser y a su pesar. Rosa de 14 años, belleza morena de color canela, llena de luz e inocencia. Hija de doña Guadalupe. Pulcra figura, que los hombres del pueblo desean, es objeto digno de respetar. El único recuerdo que doña Lupe guarda de su hija es una fotografía, que este año reposa en su humilde altar de muertos. Ha pasado un año desde la misteriosa desaparición de Rosa.

2

El sol, con su colorida gama de color amarillo, comenzaba a salir detrás de la sierra. El roció cubría las plantaciones verdes que alcanzaban hasta un metro de altura. Los grillos dejaban de canturrear y los gallos comenzaban a cacarear. Rosa, quien apenas había concluido la primaria, disfrutaba día a día de este espectáculo natural tan colorido. Estaba agradecida con la vida y con la madre naturaleza por poder disfrutar de algo tan bello y simple. Descalza, pero alegre, iba camino a su trabajo. Se dedicaba a cuidar, sembrar y quitar los frutos que dejaban los cultivos en jornadas arduas de lunes a viernes de 12 horas, de sol a sol. Aun soñaba con tener

un trabajo formal con trato humanitario para poder ayudar a su única familia: su madre.
El encargado de la cosecha era el capataz Juan Martínez, hermano del hacendado José Martínez. José Martínez iba de vez en cuando a las cosechas para aprovecharse de alguna de las tantas ingenuas jornaleras que laboraban sin voz ni voto para el gobierno. Las tomaba y ultrajaba a su antojo. El capataz, quien estaba todo el tiempo en la cosecha, no era un tirano en comparación con su hermano. Era alguien que le gustaba respetar a la gente, así como darse a respetar. Algunas de las atrocidades que cometía José Martínez se las reprochaba Juan. Pero José, quien era el primogénito, en el lecho de muerte de su padre se le concedió el control totalitario de la hacienda en la cual construyó una ventana a la esclavitud que aun estaba latiente y viva en pleno siglo XXl.
Juan estaba interesado en Rosa, una muchacha atractiva puntual e ingenua cuyo cuerpo apenas empezaba a madurar. Miro las piernas de la chiquilla, quien se acercaba a él como siempre para pasar lista, y la recibió con una sonrisa. Esa muchacha iba a ser para él, se dijo para sí mismo mientras se Rosa se alejaba a la cosecha, pero no a la fuerza, iba a cortejarla de manera correcta. A media jornada, cabalgando en su caballo, el capataz fue a buscar a Rosa entre las largas filas de cultivo de café y le invito a desayunar. La ayudó a subir al caballo y se dirigieron al comedor de la hacienda.
Juan se disculpo por no pasarla al comedor, pero con permitirle la entrada a la cocina de la hacienda ya estaba cometiendo una imprudencia que le podría costar su estancia laboral. La muchacha quedo deslumbrada por aquella cocina, era inmensa, miró las cazuelas, que estaban apiladas en la pared, la cocina integral, el azulejo decorativo de las paredes, estaba impecable de cochambre, y la estufa era inmensa a comparación del anafre que tenía en casa.
Juan le pidió a la cocinera que les sirvieran chicharrón con frijoles charros acompañados con tortilla. Rosa se sentía bien, se sentía especial. Él le hacía sentir especial. Después de haber terminado la hora de la comida el capataz estaba satisfecho le envió una sonrisa e hizo que la chiquilla se sonrojase.
Salieron de la cocina y regresaron en yegua. Rosa prosiguió con su tarea encomendada, terminó la jornada laborar y aun debía de completar los kilogramos que se le pedían o si no tendría que trabajar en día sábado, quitándole un día de descanso. Tras una ardua jornada, el sol se ocultaba y el cansancio se comenzó a hacerse latiente. El capataz pasaba de vez en cuando para ver que todo marchara bien.
Juan satisfecho con el trabajo de Rosa la observaba a 1 kilometro, mientras daba su última inspección nocturna. Él no le temía a los animales rastreros ni a simples arañas de campo, pero sabia que era peligroso andar por las cosechas a pie una vez cae la noche. Regreso por la joven y la acompañó en su camino. Deseaba llevarla aun mas lejos pero sin nadie que cuidara de la hacienda algún embustero podría entrar y sustraer propiedades valiosas. La dejó en el acceso principal y regreso a su recamara, había sido un día muy agotador, pero satisfactorio. Se quedó

pensando en su futuro, seguro que Rosa era la mujer perfecta para formar una familia. Si todo salía bien, con los ahorros que tenía, le compraría una casa para ella y sus hijos.

3

En el trayecto que va de la hacienda a casa de doña Guadalupe se tiene que andar 5 kilómetros a pie por un un camino de terracería que serpentea y rodea el campo del hacendado. De noche es más peligroso recorrer estos caminos. Algunos maleantes acechan el camino, o en el peor de los casos, una víbora venenosa.
A lo lejos la tierra comenzó a levantarse, el chirrido de las llantas comenzaron a resonar. Rosa intento ignorar los sonidos y acelero sus pasos a pesar del cansancio que le invadía, el miedo era aun mas fuerte que le hizo reaccionar.
El Cuervo, narcotraficante del pueblo, manejaba una camioneta 4x4 todoterreno, símbolo de su poder, mientras la mayor parte de gente apenas caminaba descalza. Ofrecía dinero, a cientos de jovencitas, a cambio de la satisfacción de sus deseos sexuales. Rosa era una de las pocas que no había pasado por su cuerpo.
La camioneta alcanzó el caminar de la muchacha, quien agotada no pudo contra la velocidad de la todoterreno. El Cuervo se bajó de la camioneta con un arma blanca. Aterrorizada, con la adrenalina en su punto mas alto, Rosa se quedó quieta intentando asimilar la situación, pero no le era posible. Probablemente, se la llevarían y le quitarían su virginidad. Se quedó paralizada, perpleja, neutralizada, no podía caminar, el sudor recorría sus nudillos, sus pies se detuvieron bajo la sombra de su verdugo cubrió.
La intentó tomar para subirla a la camioneta, en un impulso de supervivencia, la muchacha asustada le otorgo un golpe en los testículos, nunca nadie había golpeado al Cuervo de esa manera y no lo volvería hacer. Era el final para Rosa.

4

La muerte impávida rondaba esa noche en aquel camino oscuro, silenciosa, tomó el alma de Rosa sin alterar el orden de las cosas, jamás le había intentado dar sentido a su cometido. Sabía que era parte de la naturaleza, parte de la vida y con eso estaba satisfecha.
Tomó el alma pura y bella de aquella chiquilla. No podía entablar comunicación con ella, pero le podría transmitir paz, le quitaba el dolor que le oprimía el pecho. La muerte silenciosa voló por el aire dejando a su paso una pequeña ráfaga de aire que levanto las hojas de aquel otoño.

Así, como tuvo que ir por el alma de Rosa, miles de almas le esperaban.

5

Desde su habitación, el capataz escuchó unos disparos, se puso sus botas de inmediato, salió a investigar qué fue lo que había sucedido. En las plantaciones nada, en los alrededores de la hacienda todo estaba tranquilo. Salió y busco algún indicio, miro las marcas de unas llantas de camioneta plasmadas en la tierra. Miró hacia los matorrales, ahí se encontraba el cuerpo de Rosa descansando, mirando al vacío con los ojos cerrados. El corazón se le rompió como sus sueños. Quién pudo haberle hecho esto a una pobre niña.

Lo menos que podía hacer era darle sagrada sepultura. Con mucho cuidado, envolvió el cuerpo en una sábana blanca. Esa noche fue al la funeraria del pueblo en donde le preguntaron quién había muerto, dijo que había sido un familiar de otro municipio, sin dinero y ahora debía de ayudarles con los gastos funerarios. Esa noche cavó un hoyo inmenso, limpio el cuerpo de la muchacha ya sin vida. Parecía la bella durmiente, pero ella fue besada por los labios de la muerte y jamás despertaría.
Al acabar de limpiar su cuerpo conservó una cadena de plata que descansaba en el pecho de Rosa, era la mitad de un corazón. Sería el último recuerdo que le acompañaría. Con lágrimas en los ojos se despidió de ella esa noche. El lugar donde la sepultó era un lugar ignorado por todos. Volvió a echar toda la tierra al hoyo, lo único que dejo ahí en su recuerdo fue una rosa, símbolo del amor eterno que le guardaría por siempre.

7

Doña Guadalupe miro con aflicción el retrato de su hija, en la foto apenas tenía siete años, en el porta retratos de madera descansaba la otra mitad de la cadena en forma de corazón que habían comprado la vez que visitaron Taxco. Alguien tocó a la puerta e hizo que sus pensamientos cambiaran, enseguida abrió la puerta, era el capataz Juan.
Juan le dio gracias a la invitación de Guadalupe por dejarlo pasar . A pesar de que ya había pasado mas de un año de su tragedia, la mujer parecía que había envejecido mas de 10 años. Sintió lastima por ella y le ofreció su apoyo incondicional, le contó del romance que quería que se proliferara pero que ya no se pudo. También le preguntó si sabia algo sobre el paradero de Rosa para no levantar sospechas. La mujer le dijo que no sabia nada y agradeció su interés por ayudarla, le invito un café .
La mujer, salió abrigada con una viaja chamarra color negro,fue a la panadería de don Tertuliano. Juan se quedó esperando en el sillón a que Guadalupe regresara. Aprovechó la oportunidad de estar solo para escribir

una nota donde indicaba el lugar donde podría encontrar la tumba de Rosa.
Le llamo la atención la pequeña ofrenda que se encontraba en un rincón de la casa. En ella vió la otra mitad del corazón, la cual el temía que le perteneciera a otro hombre. Aliviado y confundido su ser le decía que dejara ahí la otra mitad, pero su razón le indicaba que no debía.
Se retiró sin decir adiós, ya posteriormente ayudaría, ahora tendría que salir afuera ya que unas inmensas ganas de llorar le invadieron.
En la mañana siguiente, doña Guadalupe seguía aun más consternada que al principio, el capataz se fue sin decir palabra alguna. Era hora de recoger la ofrenda, sus ojos escépticos no podían creer lo que estaban viendo, el collar que su hija siempre portaba y unía sus corazones estaba sobre la mesa. Sabía que su hija había venido a dejarlo. Agradeció a Dios y a Virgen de Guadalupe por la vida. Estaba feliz, porque tal vez su hija no estaba muerta.
Jamás supo donde estaba la tumba ya que tiró la nota a la basura sin darse cuenta, pero cada 1 de noviembre le ponía su ofrenda. Aunque sabía que tal vez no la volvería a ver estaba satisfecha, ahora tenía la otra mitad del collar de plata que unía sus corazones.